

El último libro de poesía de Eduardo Noguera tiene un diseño que lo hace un objeto agradable y amigable, tiene valioso espesor poético y un acendramiento estético en algunos tópicos que frecuentan sus obras, desde tiempo atrás, y con las variantes propias de todo proceso creador.

En el libro *Aunque la orquesta se duerma*, de 2012, ya aparece la idea de la búsqueda constante e infructuosa. El poema *Noche* termina diciendo:

seguiremos bailando
aunque la orquesta se duerma
seguiremos cantando
aunque se despierte de la siesta
la glándula de la angustia ⁱⁱ

Este libro, *Faltan datos*, tiene breves conjuntos de hojas blancas para prólogo e índice, otros conjuntos mayores a color marrón mate para los textos de las cinco partes, con letras a color blanco, y tiene hojas lila pálido que a veces son de cortesía o son separadores. Sus cinco partes reúnen 49 composiciones en verso libre, con una cohesión pautaada por la originalidad del título general del poemario y su polisemia.

Desde el comienzo en la expresión “faltan datos” -que sería un *leitmotiv*- se apoyan varios desplazamientos del sentido, a la manera de su anterior libro *Acá no es*, de 2016, en cuyo prólogo dijimos que “aparece la vivencia del desplazamiento continuo, de la deriva del deseo que termina desarraigando a los seres por la mudanza permanente”ⁱⁱⁱ

Pero desde el comienzo en la obra poética de Noguera hay una especie de vertiente angustiada, la que expresa con la metáfora “la glándula de la angustia” citada más arriba, en el poema *Noche*. Ella se acompaña de la carencia, la falta, lo incompleto, la insuficiencia de la palabra, la del conocimiento, la de la existencia para acceder a lo absoluto.

Los datos que faltan como por un designio kafkiano señalan algo incompleto no solo en el lugar o sitio donde deberían estar sino también algo también incompleto en los saberes correspondientes, incluidos los de la identidad de los sujetos, ya se trate de las vivencias o de la papelería burocrática.

En el libro hay una atmósfera general de ininteligibilidad por la constante ausencia o carencia de datos. Hay un desacomodo porque el sujeto en el libro está en desventaja por la penumbra de cuanto se ignora.

De alguna manera esos datos ausentes enmascaran el perfil de la existencia, generan alienaciones inconcebibles en la era de la información y la principalía de lo digital.

Del trasfondo de los textos y sus imágenes surge una atmósfera -como ya se dijo- en la que hay notas de absurdo y refracciones subjetivas que dan lugar a giros poéticos repentinos e íntimos. Que nos falten datos equivale a que nos falten pedazos. Quiere decir que el estatuto o estado de situación del yo es doloroso y por lo tanto también lo es la trasposición poética.

La primera composición titulada *Pata faltante* alude al hecho de que “se nos pasan los años buscando datos”. Refiere justamente la condición humana que siempre busca, que seamos Sísifo de nosotros mismos, de ser hombres de sensibilidad absurda al decir de Albert Camus, que porfiarnos, queremos entender el mundo y encontrar sentido a nuestras vidas^{iv} tanto como conocer toda la poesía y sus datos.

Si al ser, objeto, artefacto, identidad, etc., le falta una de las patas, resulta ser inestable, inútil, carente o roto. Le falta un elemento y la función correspondiente. En este encuadre la expresión lírica se hace cargo de esa falta. En una glosa complementaria diríamos, recordando al escritor francés mencionado, que la falta de datos es la peste en el tiempo del poeta.

El primer verso de la séptima composición dice: “pobre pajarito de arcilla la verdad”; el sentido de esta imagen metafórica abarca un amplio abanico de asuntos en todos los cuales comparece la precariedad. Los datos que faltan en todo o acerca de todo, dan lugar a anáforas que reiteran palabras y referencias, repiten sus derivas semánticas y cambios del sentido de textos y contextos.

Cada vez que se producen los giros anafóricos, las expresiones adquieren matices o ribetes complementarios como los de tipo político -en el sentido amplio de la palabra-, los relativos a los ausentes, a lo que desaparece por imperio de la fuerza o los vinculados con la falta de certezas, con el olvido, con el sí mismo incompleto (que no siempre es una multitud de voces). O aparecen matices con la pérdida, en fin, de los datos del propio yo, los del amor y sus señas.

Su falta siempre supone una carencia, una omisión o un ocultamiento. Y también alguna forma de responsabilidad, aunque quede algo elíptica en la escritura y en el silencio del poeta pero su presencia es indiscutible.

Es lo que nos sugiere la ilustración de la tapa con una página en blanco cuyas líneas punteadas, a modo de renglones, destacan el vacío. En este sentido habría cierta vinculación de la falta (de datos) con la escritura. La escritura en sí, en tanto que búsqueda fracasada o porfía por tener los datos, arriesga volverse una escritura instaladora de dos planos de ausencia. La del objeto que nombra y la de su eventual información.

A veces se trata de algo más circunstancial como se dice en *El pescador dormido*, la primera composición de la segunda parte:

se inaugura una rosa y no hay brindis
se pierde entre piedras la paz y no hay remedio
el río está revuelto y el pescador dormido
se monta en su moto la muerte y quién la para

se pixelea de pronto
el rostro de la amada en el adiós

y adiós

Algo hay en este texto que nos recuerda la inocencia de la paloma que vuela sobre el dormido cazador y la fugacidad relampagueante del tiempo, especialmente del amor. Pero igualmente se habla ante todo de carencias, de faltas.

En la tercera composición de esta segunda parte, la responsabilidad podría ser entendida - según lo dicho- como propia de la razón humana, de la que ya hablamos poco más arriba. Dice:

la razón es atributo humano

el disparate también.

De aquí que el final del texto sea conclusivo: “faltan datos para entender el mecanismo”. Lo desconocido adquiere así una importancia decisoria y también los eventuales silencios de quienes sabiendo los datos que faltan los callan. (¿Podríamos incluir a Dios?)

Sea como fuere los datos habrían de estar en algún lugar porque parafraseando al título del libro de 2016 (**Acá no es**) diríamos que, si acá los datos no están, seguramente habrá que buscar en otro lugar. Algo o alguien tiene lo que falta o lo oculta, (quizá también sufre parte de la falta o la participa). Y así con relación a toda la historia humana o con relación a una simple historia personal. En todo habría faltas, quitas y sustituciones.

En nuestro modo de leer el libro estos aspectos son los que señalan la presencia de una ética en y de la escritura de Eduardo Nogueira que por otra parte acarrea a lo político, en el más amplio sentido, y a lo metafísico, tal como asoma en la poesía *Nacimiento*. Su final es significativo. Dice:

pero me siguen faltando los datos

los datos los datos

los malditos datos

para entender por qué nací.

Este texto parece surgido del final de *Qué lado*, composición del libro **Los hornos** (2014), donde se habla del

pasmo de las palabras

entre lo que se entiende

y lo que no

Parece pues que el imposible entendimiento de todas las cosas es determinante en las situaciones de carencia y que la propia escritura poética en tanto que sucedánea instala una doble faz de la falta, según ya se dijo: la carencia de lo real-ficcional y de lo simbolizado.

De algún modo ya se dijo también que el desarrollo del contexto aporta o trae a cuenta matices y nuevos contenidos que predominan sobre las formas y los significantes, incluidos los del plano gráfico.

Así concurren asuntos y motivos relativos al amor (*El pescador dormido; Tríptico*), el juego de lo aparente y lo real (*El árbol y el mar*), la novedad e indefensión ante el cambio tecnológico y ante los centros productores (*Apagón; Entendedera; Miedos*). Asimismo, se observa una intensa interrogación del hablante y enunciados afirmativo-interrogativos que, con su tono, se adecuan a la falta de datos que confirma la subjetividad.

En la Tercera parte asoma el tema de la muerte y el hablante la asume con una configuración personificada que, en esta como en toda otra oportunidad, “volverá más tarde / habrá que prepararle la habitación” (*Botón de muestra*). Ella es nuestra cohabitante y en rigor vive en nuestro cuerpo.

Es posible encontrar el vacío que también anida en lo cotidiano (*Hueso de mar; Caramelo de la vida; Caballería exhausta*) y es posible ver su envés en *El canto de la maravilla*.

Hay un conjunto de composiciones lírico-narrativas en las que el contenido emocional se acompaña con un lenguaje de proximidad y una figuración que señalan nuevamente a Nogareda como integrante de la Promoción de los 60 del siglo pasado, aunque seguramente en calidad de reservista. (No es del caso la transcripción de los conceptos de Graciela Mántaras^v al respecto, que conducen a inevitable discusión, ni los asuntos del concepto de generación y sus delimitaciones, pero hay un aspecto central en el tema que es el relativo al lenguaje como principal eje espiritual caracterizador. Consideramos que la obra de Nogareda está claramente en ese entorno.) Es posible encontrar en su discurso ciertas yuxtaposiciones con el lenguaje de Enrique Estrázulas, Nancy Bacelo; con alguna zona de Saúl Ibargoyen, Ortiz y Ayala, Silvia Lago o Washington Benavides.

No es de extrañar que aparezcan notas de nostalgia, de humor sin acritud, algunos juegos con lo paradójal que son los que acompañan la inestabilidad que ganó al sujeto de la posmodernidad tardía. Tampoco extrañan algunas desarticulaciones sintácticas y versales en procura de un acercamiento a los actos de habla cuya fuerza comunicadora es insoslayable. Estos rasgos explican y refuerzan una mayor complejidad en la metáfora y una mayor tensión en el lenguaje que también valen como síntoma y elemento coadyuvante de lo paradójal. Dice en *Doctrina*: “se fuma el bolígrafo / escribe con el cigarro / su ciencia es de ceniza”.

Parece que en todo se encuentra solapamiento de seres o de cosas, de aspectos y asuntos, de acciones e intenciones, de deseos incumplidos y hasta de “la voz de los despojos” (*Peste guerra*).

Cabría agregar que la quinta parte del libro es la que tiene un aire más intenso, la que más se involucra socialmente, pero es ajena a los clisés como los del (en)sueño. Está cuajada de autenticidad y energía. Como si el desacomodo del yo, que está por el de todos nosotros, buscara un horizonte de pertenencia algo más colectivo, un navegar de la conciencia que enfrenta con pocos datos instrumentales las mutaciones de nuestro tiempo y las nuevas formas de la caducidad.

ⁱ Nogareda, Eduardo. ***Faltan datos***. Ed. Yaugurú, Montevideo, 2020, 79 p.

ⁱⁱ Nogareda, Eduardo. ***Aunque la orquesta se duerma***. Lo que vendrá / revista de poesía. Montevideo, 2012

ⁱⁱⁱ Nogareda, Eduardo. ***Acá no es***. Ed. Yaugurú, Montevideo, 2016, 97 p.

^{iv} Camus, Albert. ***El hombre rebelde***. Alianza Ed. 1951, p. 268 y ss.

^v Mántaras Loedel, Graciela. ***Ejercicios de memoria***. Biblioteca Nacional. Montevideo, 2008